



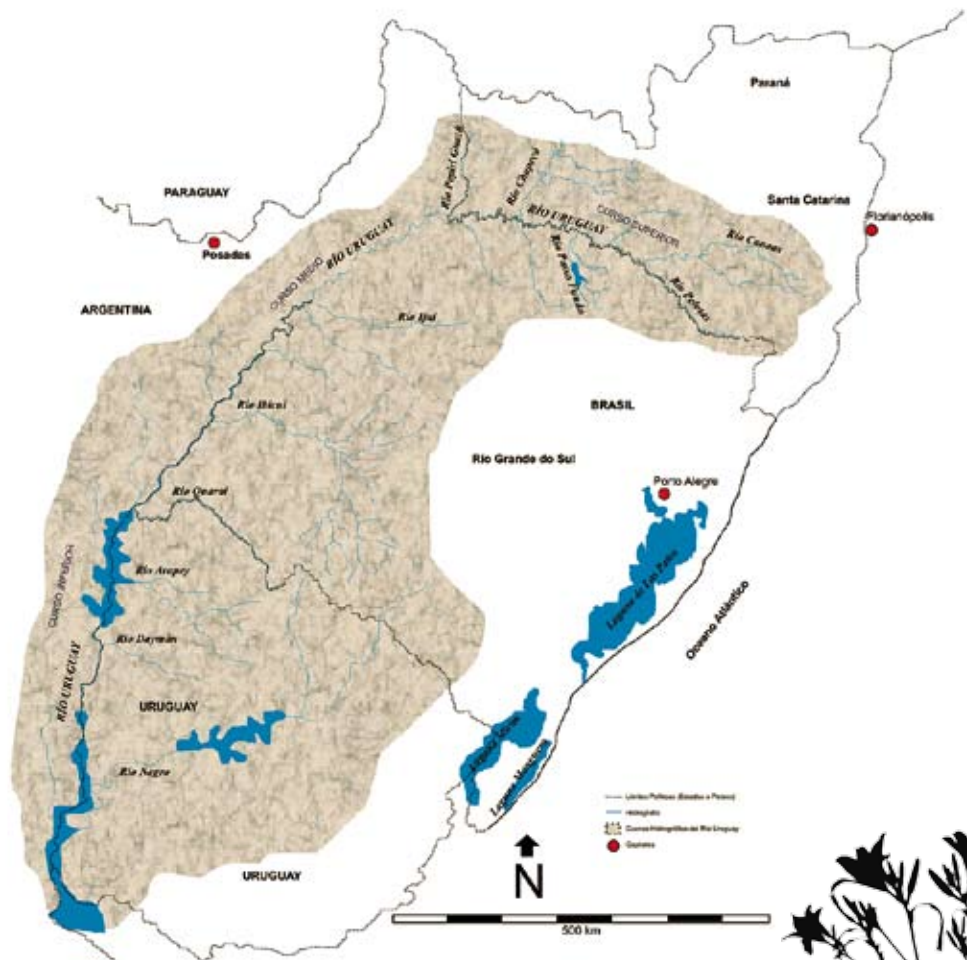
**Amigos de
la Tierra
Argentina**

Alianza Regional contra los monocultivos forestales y de soja en la Cuenca del Río Uruguay



Actualmente la Cuenca del Río Uruguay padece las consecuencias de las acciones y políticas negativas que se han desarrollado durante varios años en los tres países que la comparten, por lo cual creemos fundamental consolidar el trabajo regional, desde los acuerdos programáticos y el desarrollo de campañas integradas.

Nuestra propuesta consiste en generar y promover espacios de encuentro y participación, apoyando procesos de movilización y resistencia popular, así como de generación, documentación y transferencia de iniciativas positivas que den lugar a la construcción conjunta de sociedades sustentables.





Nos proponemos:

- *Promover un acercamiento a la realidad socioambiental de la Cuenca del Río Uruguay*
- *Visualizar el avance de las plantaciones a gran escala de monocultivos de árboles y de soja*
- *Conocer las consecuencias e impactos negativos que dichos monocultivos generan sobre las personas y el ambiente.*
- *Fomentar la difusión y continuidad de iniciativas positivas para la construcción y promoción de sociedades sustentables*
- *Propiciar el encuentro y articulación de los diferentes grupos y colectivos de la región para accionar conjuntamente*

ACTUALIDAD DE LA CUENCA

La Cuenca del Río Uruguay posee una superficie aproximada de 365.000 km², conformada por parte del territorio de tres países sudamericanos: la Argentina, Brasil y Uruguay. La región presenta condiciones ambientales muy favorables para el desarrollo de la agricultura y la ganadería, lo que ha provocado un gran avance de diversos emprendimientos económicos sobre los ecosistemas nativos, generando una serie de

inconvenientes socioambientales de distinta gravedad.

En nuestro continente numerosas poblaciones fueron desplazadas, forzadas a la migración debido a la ocupación de sus tierras por parte de plantaciones a gran escala. Es bien conocida la destrucción de amplias áreas de bosque nativo chileno, así como de la Mata Atlántica y El Cerrado en Brasil, o la pérdida de los bosques autóctonos en la Argentina, que ha perdido millones de hectáreas de superficie boscosa en los últimos años.

Algunas de las causas de la degradación socioambiental que sufre el territorio argentino correspondiente a la Cuenca se pueden encontrar en la expansión de los monocultivos forestales — pino y eucaliptos— y de soja transgénica, principalmente.

Desde principios del siglo XX, la industria forestal y la expansión de la frontera agrícola han sido los causantes de la pérdi-

da del 70% de la superficie boscosa argentina. Durante las Primeras Jornadas Nacionales de Protección y Manejo Sustentable del Bosque Nativo, desarrolladas en la ciudad de La Paz, Provincia de Entre Ríos, en agosto de 2003, se puso de manifiesto que "...la Argentina está llegando al límite mínimo de la cobertura forestal nativa que ha acordado mantener", y expresamente se pidió que se declare en emergencia a la Selva Misionera, por ser una de las áreas donde la tala indiscriminada ha adquirido mayor intensidad. Asimismo, en la última década es notorio el deterioro ambiental que está generando la producción sojera, debido a la demanda de nuevas y extensas tierras para su cultivo.

La actividad económica de la región, que contaba con una gran diversidad productiva, está viéndose seriamente perjudicada por el impacto de las plantaciones monoculturales, promovándose así la concentración monopólica de algunas industrias y el enriquecimiento de algunos terratenientes. Las ganancias y la producción del modelo dominante sólo están sirviendo para estimular el sobreconsumo y enriquecer a los mercados de capital de los países del Norte; pero los impactos negati-

vos sólo se sienten y se agudizan en el Sur.

Las provincias argentinas de la Cuenca, Entre Ríos, Corrientes y Misiones, representan aproximadamente el 7% de la superficie total del país y, a pesar de ser sólo una pequeña porción del territorio, en ella se concentra el 85% de la forestación realizada con especies exóticas.

Por otra parte, hoy la soja representa más del 50% de la superficie cultivada del país y el fenómeno más reciente es la expansión hacia las zonas extrapampeanas, donde se ven los peores impactos a causa del avance de la deforestación y la apropiación de tierras.

La Argentina es el segundo mayor productor de soja del mundo, con 18% de la producción total mundial, y el primer exportador, con 6,25 millones de toneladas exportadas a más de 50 países, cada año. El cultivo de soja en la Argentina contribuyó significativamente a la deforestación (unas 250.000 hectáreas de bosque son erradicadas cada año por esa causa), al desplazamiento de ganaderos y poblaciones rurales, y al aumento en la concentración de la propiedad de la tierra.



NUESTROS BOSQUES

Un bosque es un ecosistema donde conviven armónicamente numerosas especies de flora y fauna de todas las edades, produciendo oxígeno, suelos vivos, y ayudando a mantener el clima global en equilibrio. Los bosques proveen a las comunidades locales de alimentos, agua, madera para usar como combustible, medicinas y materiales para la construcción. También son un componente fundamental de cultura, religión y valores espirituales de los pueblos originarios.

La deforestación, el avance de la frontera agropecuaria y el crecimiento urbano han provocado a nivel mundial una severa erosión del suelo en determinadas regiones, la pérdida de masas forestales nativas y la disminución de la diversidad biológica, particularmente de recursos genéticos, cuyas consecuencias no han sido suficientemente evaluadas.

La rápida expansión de las industrias de la fibra y pulpa de madera para papel, y la extensión de la frontera agrícola para la producción sojera son acrecentadas principalmente por la voraz demanda de consumo de los países del Norte, por lo que han sido una de las principales causas de la explotación de los bosques primarios de ese hemisferio.

Estados Unidos y Europa Occidental perdieron prácticamente por

completo sus bosques originarios, y empezó así una severa devastación de estos ecosistemas en países del Sur. Asia, África y América Latina han perdido más del 25% de sus bosques en relativamente poco tiempo. De mantenerse esta tendencia, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación —FAO— estima que para el año 2018 se perderán las selvas tropicales, y en el año 2025 se producirá la desaparición total de las masas forestales físicamente accesibles.

“La degradación de los bosques ha variado según las épocas, las regiones y las civilizaciones humanas. Pero en las últimas décadas se ha generalizado su devastación y la destrucción alcanza ya cifras sin precedentes, tanto en cantidad como en velocidad”.

A principios del siglo XX, la Argentina tenía unos 105 millones de hectáreas de bosque nativo; hoy cuenta con apenas 33 millones de hectáreas, lo que significa que se han perdido más de dos tercios de patrimonio forestal autóctono.

Las numerosas iniciativas oficiales y privadas para incrementar los



controles a la deforestación y la degradación del suelo por los monocultivos no han logrado contrarrestar la tendencia al aumento de la superficie sembrada en función de la rentabilidad a corto plazo.

La nueva Ley de Bosques argentina (Ley Nacional 26.331) da alguna posibilidad de control sobre zonas no afectadas, pero existe una enorme superficie con algún grado de degradación que podría verse destinada a plantaciones de monocultivos, según sea aplicada esta nueva norma. Por otro lado no existe ninguna forma legal de obligar a los productores a adoptar buenas prácticas ambientales. Los programas de reforestación están lejos de recuperar las áreas degradadas, máxime teniendo en cuenta que las especies que se utilizan son en general exóticas: álamos, sauces, eucaliptos y pinos. El objetivo de la reforestación no debería ser el de reproducir grandes volúmenes de madera

destinados al abastecimiento de los mercados industriales, sino el de restaurar ecosistemas diversos, utilizando para ello especies nativas, que son las que permiten la recuperación de los ecosistemas originarios.

MUDANDO LA PRODUCCIÓN AL SUR

Entre las causas directas más importantes para la instalación de las industrias en los países más pobres del mundo se encuentra la necesidad que tienen dichos países de obtener inversiones y generar empleos a corto plazo, para lo cual hipotecan sus bienes naturales en el largo plazo, explotando ecosistemas nativos y permitiendo, entre otras actividades, la radicación de industrias forestales y la apertura de nuevos espacios para la agricultura.

La consolidación de los monocul-

tivos en la Cuenca del Río Uruguay se da por diversas condiciones favorables, muchas veces fomentadas por los Gobiernos locales, y con el aval y la complicidad de las instituciones financieras internacionales que hacen posible su concreción. Algunas de esas condiciones son:

- el bajo costo de la tierra, que permite que las industrias y los grandes inversores adquieran importantes extensiones;
- los subsidios promovidos por las políticas económicas locales;
- la eliminación de impuestos, creándose situaciones de privilegio;
- la falta de empleo genuino y la subsecuente posibilidad de conseguir mano de obra barata;
- las reglamentaciones ambientales poco estrictas, por lo que las industrias tienen aquí controles más permisivos que en otros países del mundo;
- las características del clima y del suelo, que favorecen el desarrollo de los cultivos.

Es por ello que el avance de las empresas forestales y de los pooles sojeros se ha profundizado en la región en los últimos veinte años, consolidando así sus actividades extractivas y productivas, con el apoyo de capitales extranjeros y nacionales, que han invertido

sumas millonarias en ambos rubros.

IMPACTOS DEL MODELO

En la Argentina, los conflictos socioambientales han sido sólo parcialmente reflejados y se han hecho más notorios en los últimos años por el estado público y la repercusión que en los medios de comunicación ha tomado el caso más emblemático, que es la instalación de la planta de celulosa de la empresa finlandesa Botnia, en la ciudad uruguaya de Fray Bentos. Pero el resto de los impactos negativos que genera el modelo son muy poco difundidos o reflejados en los medios y tomados como real problema por la sociedad en su conjunto.

Mientras la superficie destinada a la soja aumenta, la tierra que se usa para la lechería y la producción de granos, frutas y verduras ha disminuido. Esto ha tenido un considerable impacto en los precios de dichos alimentos. Más del 90% de la soja argentina es transgénica, y esto implica mayor fumigación con herbicidas, la contaminación de las napas superficiales y de los acuíferos, y la aparición de enfermedades en las personas expuestas al cóctel de químicos. La tasa de empleo

rural viene descendiendo, debido a que la producción de soja requiere menos mano de obra que otros tipos de cultivos agrícolas. Casi la mitad de toda la producción de soja argentina está en manos del 2,2% de los productores. El número de establecimientos rurales cayó un 24%, a 318.000, entre 1988 y 2002; durante el mismo período la superficie dedicada a la soja creció un 126%.

Otros impactos son:

- El desplazamiento de las poblaciones locales, que es una de las consecuencias más visibles vinculadas a la expansión de los monocultivos, ya sea por la degradación de las tierras y su imposibilidad de aprovechamiento o directamente por la intromisión de las empresas en los territorios de las comunidades.
- Las modificaciones en el

modo de vida local, al tener que adaptarse a las nuevas condiciones impuestas, reemplazando sus formas de producción tradicionales, y generalmente desplazándose a superficies más pequeñas y tierras menos fértiles.

- La pérdida de **soberanía alimentaria**, ya que para poder mantener dicha soberanía se necesita producir localmente de manera diversificada la mayor parte de nuestros alimentos para nuestro propio consumo, y las plantaciones destruyen toda idea de seguridad alimentaria, siendo espacios de cultivos y pasturas utilizados para otros fines productivos.

- La pérdida de **biodiversidad** provocada por la expansión de las especies utilizadas, dado que éstas no cuentan con los controles naturales originarios y por otra parte son “protegidas” por herbicidas e insecticidas que tienen como función lograr que las plantaciones no se vean afectadas, provocando un gran desequilibrio biológico.

- La degradación y el empobrecimiento de los suelos por compactación y erosión a causa de las tareas de labranza. Asimismo, disminuyen los nutrientes por la pérdida de microorganismos y la contaminación con plaguicidas y fertilizantes.

- Una mayor incidencia de enfermedades y plagas en las zo-





nas aldañas a las plantaciones, manifestadas por la aparición masiva en los pobladores de padecimientos vinculados al uso de agrotóxicos, entre ellos: casos de cáncer, lupus, malformaciones congénitas, alergias y asma, y el surgimiento de nuevas plagas fundamentalmente debido a insecticidas y herbicidas no selectivos que tienen impactos indeseados sobre especies que no son su objetivo.

- La disminución del empleo, debido a que este modelo agroexportador aumenta la migración de mano de obra desocupada desde sus lugares de origen por ser un sistema productivo que requiere tecnología principalmente. A su vez, las escasas oportunidades de empleo prometidas por las compañías se dan en condiciones precarias y son de corta duración: se crean mayormente empleos durante las fases de plantación y,

más tarde, de cosecha (aunque bastante pocos puestos, dada su mecanización), o también en sectores periféricos como los transportes.

- La alteración del ciclo hidrológico, porque los monocultivos consumen más agua que la suministrada por las precipitaciones naturales de lluvia en la zona que ocupan, e incluso absorben más agua de los acuíferos y arroyos circundantes. Es decir, el grado de impacto de los monocultivos sobre los recursos hídricos tiene graves consecuencias para las comunidades que dependen del agua de arroyos y ríos.

- El aumento del riesgo de incendio, dada la cantidad de material combustible y la menor proporción de agua, lo que ocasiona no sólo pérdidas económicas sino también ambientales.

MERCANTILIZACIÓN DE LA TIERRA

Las actividades agrícolas y forestales han superado la instancia de ser incumbencia exclusiva de las empresas del sector, para pasar a formar parte de programas de Gobierno, de instituciones financieras internacionales, y de agencias bilaterales y multilaterales de financiación, que ven en las plantaciones un negocio que debe ser fomentado.

En tal sentido, dichas organizaciones promueven mecanismos financieros para la reducción de la deforestación, para frenar la degradación y favorecer la restauración de los bosques como medida para mitigar el cambio climático. Aparentemente, todas buenas acciones, pero el problema radica en que incluyen a los monocultivos de árboles, a los árboles genética-

mente modificados y a los exóticos para estos fines.

Por el lado de la agricultura, se ha incrementado la utilización de soja modificada genéticamente (con el consecuente empleo masivo de herbicidas), favorecida entre otras causas por la sanción de la Ley Nacional 26.093, que regula y promueve el uso de biocombustibles, principalmente a partir de aceite de soja. Esto trae aparejado el desarrollo de actividades de investigación y promoción para la producción de soja a gran escala, fomentada por la eliminación de los aranceles y por las condiciones favorables para dichos emprendimientos.

Algunos de los mecanismos de mercado que utilizan los bienes comunes para hacer negocios con avales públicos y privados son:

- Utilización de **Organismos Genéticamente Modificados**;
- Promoción de **Agrocombustibles**;
- Apoyo a la **Mesa de Soja Responsable**;
- Implementación de la **Reducción de Emisiones Producto de la Deforestación y la Degradación en los Países en Desarrollo (REDD)**;
- Consolidación de las **Certificaciones Forestales**.



Organismos Genéticamente Modificados

Árboles

Las necesidades de un mercado voraz y la lógica productiva imperante promovieron el avance hacia la creación de árboles genéticamente modificados, para hacerlos a la medida de la industria, generando algunos beneficios empresariales y un número muy grande de perjuicios socioambientales.

Estos árboles pueden vivir más tiempo, lo que implica que los cambios en su metabolismo pueden tener lugar muchos años después de haber sido plantados, representando un problema cada vez mayor para las comunidades y organizaciones locales en todo el mundo, precisamente debido a sus impactos negativos:

- El agua se agotará más pronto, debido a la creación de árboles de crecimiento aún más rápido;

- La destrucción de la biodiversidad se acelerará, dando paso a desiertos biológicos poblados de árboles transgénicos resistentes a los insectos, y sin flores, ni frutos, ni semillas;

- El suelo se destruirá a un ritmo aún mayor, a raíz del aumento en la extracción de biomasa, la mecanización intensiva y el mayor uso de agroquímicos;

- Aumentará la cantidad de comunidades que se verán privadas de sus medios de sustento y serán desplazadas para hacer lugar a más de estos “desiertos verdes”.

Ninguna de estas características puede ser vista como beneficiosa para la diversidad biológica de los bosques, que necesitan del acompañamiento de especies de flora (que ahora sufren las consecuencias de los herbicidas), insectos y las correspondientes cadenas alimenticias (que reciben el impacto de los árboles resistentes a insectos), flores y semillas (inexistentes, por la esterilidad de los árboles), madera resistente a los fuertes vientos (el menor contenido de lignina vuelve al árbol transgénico más débil), árboles y plantas adaptados a los ambientes locales (que sufren la competencia de árboles exóticos resistentes al frío, la salinidad y la sequía), suelos intactos y agua suficiente (ambos agotados por los árboles de rápido crecimiento).

Esto indica que los árboles genéticamente modificados no son beneficiosos para la biodiversidad de los bosques, a nivel global. También queda claro que esas modificaciones genéticas se están llevando adelante por razones industriales y no ambientales, y que si esos árboles son liberados al mercado, tendrán como resulta-

do plantaciones industriales con baja biodiversidad y desaparición de otros organismos vivos. Así, se reduce efectivamente la diversidad biológica forestal.

Los árboles transgénicos no son resultado de la evolución. Son producto de decisiones tomadas a niveles institucionales y empresariales, para lograr su desarrollo y expansión. Empresas, instituciones de investigación y universidades trabajan en estrecha colaboración en torno al tema. Las empresas financian a los departamentos de investigación universitarios, e influyen sobre qué tipo de desarrollo investigativo se realiza. Su interés es poder plantar árboles en cualquier tipo de ambiente y asegurarse de que crezcan rápido; **quieren que la madera de las plantaciones se adapte a sus procesos industriales** (por ejemplo: menos lignina para la produc-

ción de pulpa); aspiran a que los monocultivos sean resistentes a los insectos y tolerantes a los herbicidas.

En resumen, **su objetivo es manipular la naturaleza para adaptarla a sus objetivos económicos de largo plazo**, sin importar las incertidumbres y los riesgos que esto implica.

Soja

Tradicionalmente las comunidades sembraban y cultivaban sus alimentos; guardaban las semillas generadas por sus cultivos y las compartían con sus vecinos. Ahora, unas cuantas empresas multinacionales controlan más de la mitad del mercado mundial de semillas y su injerencia se extiende mediante una creciente red de intermediarios privados y compañías nacionales semilleras con conexiones políticas. **Las semillas son ahora un gran negocio.**

La expansión de los monocultivos de soja para proveer a los crecientes mercados de alimentos baratos para animales y de agrocombustibles aumentará significativamente en las próximas décadas. Cada vez mas soja es utilizada como alimentos de animales para cubrir la creciente demanda de carne, huevos y productos lácteos y por otra parte la Unión Europea, los Estados Unidos, Brasil, Argentina



y otros países pretenden establecer cultivos a gran escala para la producción de combustibles para el transporte y la generación de energía.

Más del 90% de la soja que se cultiva en la Argentina está modificada genéticamente con la variación Roundup Ready. Monsanto está trabajando conjuntamente con BASF para producir una nueva generación de semillas transgénicas en los próximos tres años, que incluyen una variedad de soja con mayor contenido de aceite, lo que mejorará su capacidad de producción de biodiésel.

Aunque hoy solamente se comercializan dos modificaciones genéticas (Roundup Ready y semillas tolerantes al glifosato), ya hay solicitudes presentadas para que se aprueben las propiedades de más de 20 variedades, que incluyen cambios en el contenido oleico y un aumento en la capacidad de asimilación del nitrógeno.

Las empresas productoras de semillas están presionando al Gobierno para que no ratifique el Protocolo de Cartagena, que regula los cultivos transgénicos; y también para que se restrinja el derecho de los agricultores a guardar semillas, para acelerar la autorización de comercialización de semillas transgénicas en el mercado, y para que se les permita crear monopolios.

Las principales consecuencias en la utilización de semillas transgénicas y sus insumos (glifosato, principalmente) incluyen la degradación de los suelos, contaminándose las aguas superficiales y los acuíferos. Se da también la disminución de la capacidad de fijación del nitrógeno de la soja, el aumento en la susceptibilidad a algunas enfermedades y la reducción del desarrollo de hongos, necesarios para la extracción de nutrientes del suelo. La ausencia de malezas durante el período de floración hace difícil que los insectos beneficiosos sobrevivan, y aumenta entonces la amenaza de plagas y pestes dañinas. También se ha demostrado que el cultivo de soja aumenta las emisiones de NO₂, contribuyendo así a un aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero del país. Los efectos negativos del glifosato sobre la salud humana y el medio ambiente ya están comprobados; como así también las condiciones laborales desfavorables.

Agrocombustibles

Si bien las compañías petroleras continuarán extrayendo petróleo durante largo tiempo más, surge ya un creciente consenso de que es hora de comenzar a reducir la cantidad de este combustible que quemamos, puesto que esta

es una de las principales causas del cambio climático, la contaminación del aire y otros desastres ambientales. Para llevar adelante esta reducción, se aduce, bastaría con utilizar energía limpia, combustibles producidos a partir de material biológico: cultivos como el maíz y la caña de azúcar destinados a la producción de etanol; y la palma aceitera, la soja y la canola transformados en biodiésel. A primera vista, las ventajas parecerían verdaderamente ilimitadas. Los países pasarían a ser más autosuficientes en sus necesidades energéticas, ya que podrían cultivar ellos mismos sus combustibles. Las economías y comunidades rurales se beneficiarían, pues habría un nuevo mercado para sus cultivos. Y los países más pobres tendrían acceso a nuevos y exuberantes mercados de exportación. Este promisorio panorama lo anuncian quienes tienen interés en promover tales combustibles. Sin embargo, hay informes que documentan que los territorios de los pueblos originarios están siendo ocupados y arrasados para hacer sitio a las plantaciones para combustible, que muchos trabajadores viven en condiciones de semiesclavitud, y que la producción de alimentos básicos, entre ellos leche, arroz, maíz, papa y lenteja, ha caído drásticamente. La producción de agrocombusti-

bles se puede llevar a cabo tanto con la utilización de soja para biodiésel, como con la industria de la madera. El etanol celulósico es un tipo de combustible producido a partir de la celulosa contenida en la biomasa de plantas, tales como pastos, arbustos y árboles.

La expansión de los agrocombustibles está en manos de las industrias petroleras y automovilísticas; como así también de las grandes intermediarias de los alimentos (Cargill y ADM), las biotecnológicas (Monsanto y Syngenta), las industrias del etanol celulósico (International Paper y Stora Enso), y las firmas mundiales de inversión. Para ellos, los agrocombustibles representan una oportunidad de mayor expansión de sus negocios y ganancias.

Repsol YPF, la empresa argentino-española, está invirtiendo 30 millones de dólares en una nueva refinería que comenzará a producir este año, convirtiéndose así en la primera gran productora de biodiésel de la Argentina.

Los movimientos sociales de la región han puesto fuerte resistencia, pero a pesar de ello es muy difícil detener el avance de la soja, que cuenta con el respaldo de los consorcios más poderosos de la agroindustria.

- Para que el biodiésel y el etanol celulósico puedan ser una

buena idea es necesario:

- despojarse del concepto de “a gran escala” y comenzar a pensar en que se produzcan y utilicen localmente,
- que se basen en recursos disponibles en la región,
- que la principal materia utilizada sean los desperdicios,
- que su producción y comercialización sean descentralizados,
- que todo esto no implique la manipulación genética de organismos vivos.

La Mesa de Soja Responsable

La Mesa de Soja Responsable está constituida por instituciones financieras, como la Corporación Financiera Internacional, y los mayores bancos extranjeros en América Latina, el ABM Amro y el Rabobank. Las compañías de alimentos involucradas controlan alrededor del 40% del mercado europeo de alimentos a base de soja. A estas corporaciones se les han unido las industrias energéticas y de agrocombustibles. Juntas, estas corporaciones se encuentran en una posición única para controlar la expansión masiva de la soja, tanto en términos de la demanda como de la provisión de soja barata para alimentos y combustible. La participación de estas corporaciones en la Mesa de Soja Responsable demuestra un inten-

to por certificar sus actividades, al mismo tiempo que continúan promoviendo devastadores planes de expansión que impedirían cualquier tentativa de hacer frente a los mayores impactos. No se puede confiar en que las grandes corporaciones que ganan millones con la expansión de la soja lleven a cabo los cambios drásticos necesarios para prevenir los peores impactos de la propia expansión de la frontera de este cultivo.

La Mesa de Soja Responsable, entre otras cosas, avala el uso de semillas genéticamente modificadas, con la consiguiente utilización de los fertilizantes y agrotóxicos correspondientes. La producción de soja a gran escala ratifica los riesgos ambientales, sociales y para la salud humana. La Mesa de Soja Responsable ha sido creada como “maquillaje verde”, en tanto la certificación provee una fachada de





sustentables para las corporaciones multinacionales. Las iniciativas de certificación son incapaces de contrarrestar los impactos ambientales y sociales derivados de la producción de soja a gran escala. La Mesa de Soja Responsable representa un obstáculo peligroso al desarrollo de verdaderas soluciones.

Certificaciones Forestales

Así como el avance de la forestación y el consumo de productos derivados de la industria forestal se fueron incrementando, también hubo un aumento de la toma de conciencia con respecto a los efectos nocivos de dicha industria y de la destrucción de los bosques, a partir de las campañas exitosas de varias organizaciones, y de las distintas voces de reclamos provenientes de las comunidades

afectadas. Comienza así el pedido de que los productos derivados de árboles tengan certificaciones que demuestren el manejo responsable de los ambientes donde se realizan las extracciones. Surge de esta manera, en 1993, el Forest Stewardship Council (Consejo de Administración Forestal o FSC), cuya propia definición afirma que: “El FSC es una organización independiente, no gubernamental, sin fines de lucro, creada para promover el manejo responsable de los bosques del mundo”. De estas palabras no se desprende que muchos de sus miembros son empresas forestales o vinculadas con la forestación que integran su “cámara económica”, muchas de las cuales están únicamente interesadas en la certificación de sus propias plantaciones.

El reconocimiento FSC es muy codiciado por las empresas forestales, porque les permite la llegada a mercados más exigentes, pudiendo aumentar considerablemente sus ingresos por la venta de maderas de supuesta calidad de acuerdo con una serie de principios y criterios ambientales, sociales y económicos estipulados por dicha certificación. Más de 85 millones de hectáreas de 74 países del mundo han sido certificados según estos estándares, de los cuales la Argentina aporta alrededor de 150 mil hectáreas,

correspondientes a diez empresas que certificaron sus operaciones forestales según los principios FSC.

La certificación FSC tiene como meta **“promover un manejo ambiental responsable, socialmente beneficioso y económicamente viable en los bosques del mundo”**. Con lo cual no debería certificar las plantaciones industriales de árboles, por la razón obvia de que no son bosques. Las plantaciones industriales de árboles no son ni responsables con el ambiente, ni socialmente beneficiosas. Y cuando son económicamente viables, suele ser como resultado de generosas subvenciones gubernamentales. De continuar este tipo de certificación, los beneficios seguirán siendo para las grandes empresas forestales, perjudicando a las poblaciones locales que diariamente se enfrentan al poder corporativo del sector. Este “maquillaje verde” que adoptan las empresas debe ser erradicado, aceptando los miembros del FSC **“que las plantaciones no son bosques, reconocer que los monocultivos de árboles son incertificables desde una perspectiva social y ambiental, y decidir excluir a las plantaciones industriales de árboles de la**

certificación FSC. Hasta que no se adopte esa decisión, el FSC seguirá siendo un problema, en lugar de una solución, para las comunidades locales y el ambiente”³.

Reducción de Emisiones
Producto de la Deforestación y la Degradación en los países en Desarrollo (REDD)

Los bosques son un componente clave para los ciclos hidrológico y del carbono en nuestro planeta, y actualmente se los reconoce como fundamentales en nuestros esfuerzos para detener el cambio climático desenfrenado (ATI, 2008).

La deforestación causada por industrias que eliminan el bosque para plantar sus monocultivos de eucaliptos, palma aceitera, o soja, rompe el balance de carbono entre la vegetación y la atmósfera, por largo tiempo. Estos hechos ya son actualmente reconocidos por los Gobiernos, más aún en la medida en que se percibe que enfrentar la deforestación es una forma relativamente “económica” de mitigar el cambio climático (Stern, 2006). Los Gobiernos reunidos en Bali para la 13ª Conferencia de las Partes (COP-13) de la Convención

Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) decidieron abordar la **Reducción de Emisiones Producto de la Deforestación y la Degradación en los Países en Desarrollo (REDD)**, como parte de sus esfuerzos por mitigar el cambio climático (CMNUCC, 2008).

Uno de los problemas vinculados al tema REDD está asociado a la deforestación, que por supuesto es también parte del problema, aunque la cuestión principal siguen siendo las emisiones de los combustibles fósiles, que están destruyendo el clima del planeta. Estas emisiones no sólo son crecientes en volumen, sino también variadas en su tipo, teniendo un gran impacto sobre el cambio climático. Mientras es absolutamente cierto que los países del Norte son los principales culpables del cambio climático, **ello no significa**

que puedan quitarse de encima esa responsabilidad a través del financiamiento para “reducir” la deforestación o, peor aún, a través de un mecanismo de mercado de carbono vinculado a los bosques, que les permita “compensar” en otro lugar sus emisiones por combustibles fósiles.

Un mecanismo REDD basado en un mercado de carbono resultaría en un constante incremento en la cantidad de CO₂ en la biósfera, puesto que permitiría que los países del Norte “compensaran” sus emisiones de carbono provenientes de la quema de combustibles fósiles a través del pago a países del Sur por “evitar” la deforestación de un área de bosque que absorba la misma cantidad de carbono que la liberada. El resultado sería una falsa “neutralidad en carbono”, que sería utilizada como justificación para evitar la necesidad imperiosa de reducir las emisiones de los combustibles fósiles.

Para empeorar las cosas, la definición de “bosque” adoptada por la Convención sobre Cambio Climático incluye a las plantaciones, lo que significa que los monocultivos de árboles —eucaliptos, pinos, acacias, palma aceitera y otros— serían contabilizados como bosques, y su expansión sobre los bosques verdaderos podría ser incluso subsidiada a tra-



vés del dinero de REDD. En todos los casos, la masiva conversión de bosques en plantaciones de árboles no sería considerada como deforestación porque —de acuerdo con la definición— el área aún estaría cubierta por (un tipo distinto de) “bosque”.

Los esfuerzos por reducir las emisiones como consecuencia de la deforestación y la degradación, que se están discutiendo en las negociaciones pos-2012, deben ser remplazados por un mecanismo que **detenga la deforestación**. Los Gobiernos ya se han comprometido en ese sentido en la Convención sobre el Cambio Climático, y en otros acuerdos, como el Convenio sobre Diversidad Biológica. **Los esfuerzos para alcanzar esta meta deben fundarse en un enfoque ecosistémico y de justicia climática, así como de respeto de los derechos y el papel de los pueblos originarios y las comunidades locales.**



GESTIÓN COMUNITARIA DE LOS BOSQUES

“La gestión comunitaria del bosque se refiere a las regulaciones y prácticas que utilizan muchas comunidades para la conservación y el uso sustentable de los bosques con los que conviven. Este tipo de gestión es colectiva, comunitaria, y por tradición se identifica con la protección, confrontando el uso industrial y mercantil que se le da a los recursos del bosque. Se identifica también con el conocimiento tradicional como alternativa a la denominada ‘ciencia forestal’. Ésta se basa en modelos simplificados y [en] suponer que la destrucción es ‘reversible’, lo que ha facilitado en múltiples casos la devastación del bosque, así como severas condiciones de injusticia social” .

El concepto de Gestión Comunitaria de Bosques (GCB) integra entonces un gran abanico de situaciones posibles que van desde el uso sabio y preciso que hacen del bosque algunas sociedades originarias, hasta los casos de comunidades campesinas y urbanas que utilizan y cuidan zonas de reserva natural; desde el uso artesanal de bosques primarios que llevan a cabo los chicleros de la Amazonia, hasta los procesos de restauración del bosque por parte de comunidades campesinas que habitan zonas severamente degradadas.

En el mundo actual, definido políticamente a partir de Estados, el manejo comunitario de bienes es una acción descentralizadora. No se trata de restarle fuerza al Estado, sino de apoyarlo en su gestión por la sustentabilidad en el uso de los bienes. El reconocimiento y la regularización de la gestión comunitaria facilitan y legalizan esta forma de relación con los bosques.

La visión de futuro es fundamental en ello, pues implica un arraigo de la comunidad al bosque y a la zona en general. Es difícil gestionar de manera sustentable un bien con el cual no se prevé convivir a largo

plazo; la tendencia en este caso es a hacer un aprovechamiento inmediato a corto plazo, que por lo general es insustentable.

El conocimiento, tradicional o adquirido, sobre el área, el clima, la geografía, la biología y el uso sustentable de los elementos de la biodiversidad —entre otros— es vital para la planificación y gestión, ya que garantiza a su vez el respeto por los diferentes componentes del ambiente.

Diseñar en forma participativa los reglamentos de uso de los bienes comunes, establecer sistemas de monitoreo y desarrollar mecanismos de diálogo son otras de las herramientas con las que cuentan las comunidades para la gestión efectiva.



NUESTRA PROPUESTA

La pobreza creciente a nivel global en los países del Sur (donde se encuentran la mayoría de los bosques y las selvas) es una de las causas directas más importantes de la deforestación, ya que se vuelve necesario obtener recursos en el corto plazo, abriéndose así espacios para la agricultura, la cría de ganado, la urbanización y la construcción de infraestructura innecesaria, así como para actividades de las industrias extractivas (de petróleo, gas y carbón), y para la generación de energía eléctrica, con la subsecuente inundación de tierras.

Por otra parte, la falta de incentivos y políticas públicas para la protección y restauración de los bosques favorece a una conducta explotadora, mostrando en algunos casos las bondades de una “tierra mejorada” que ha sido en realidad deforestada.

Actualmente la Cuenca del Río Uruguay padece las consecuencias de las acciones y políticas negativas que se han desarrollado durante varios años en los tres países que la comparten, por lo cual creemos fundamental consolidar el trabajo regional, desde los acuerdos programáticos y el desarrollo de campañas integradas.

Nuestra propuesta consiste en generar y promover espacios de encuentro y participación, apoyando procesos de movilización y resistencia popular, así como de generación, documentación y transferencia de iniciativas positivas que den lugar a la construcción conjunta de sociedades sustentables.

Desde Amigos de la Tierra - Argentina queremos construir, con grupos y organizaciones sociales de la Cuenca, una Campaña regional contra el modelo foresto-industrial y sojero dominante, ya que es causante de gravísimos impactos económicos, sociales y ambientales, además de originar gran parte de los conflictos de la región.

Es por todo ello que consideramos necesario que, de manera urgente, se suspenda la promoción de monocultivos forestales y de soja, y se apoyen y promuevan las iniciativas para preservar los ambientes nativos y las actividades productivas de pequeña escala que tiendan a generar más puestos de trabajo y a mejorar la calidad de vida de las comunidades, en armonía con el ambiente.

Subsidiar aún más los monocultivos sólo puede traer como consecuencia el agravamiento de los impactos negativos y la profundización de los conflictos ya existentes.

Bibliografía

- Achkar, Marcel; Domínguez, Ana; Pesce, Fernando. Agronegocios LTDA. Nuevas modalidades de colonialismo en el Cono Sur de América Latina. Montevideo. REDES. 2008.
- Fomentando la destrucción en América Latina. El costo real de la ofensiva de los agrocombustibles. Edición 113. Amsterdam. Amigos de la Tierra. Septiembre de 2008.
- “El furor de quemar el futuro. Combustibles agroindustriales”. Biodiversidad, sustento y culturas. Número 54. Montevideo. REDES. Octubre de 2007.
- “La crisis alimentaria no es un problema aislado”. Biodiversidad, sustento y culturas. Número 58. Montevideo. REDES. Octubre de 2008.
- REDD. Mitos e interrogantes. Clima y deforestación. Resumen. Amsterdam. Amigos de la Tierra. Diciembre de 2008.
- Lang, Chris. Árboles genéticamente modificados. La amenaza definitiva para los bosques. Montevideo. Movimiento Mundial por los Bosques Tropicales – Amigos de la Tierra. Diciembre de 2004.
- La gestión comunitaria de los bosques, entre la resistencia y las propuestas de uso sustentable. Amigos de la Tierra Internacional. Noviembre de 2007.
- Carrere, Ricardo. Maquillaje Verde. Análisis crítico de la certificación de monocultivos de árboles en Uruguay por el FSC. World Rainforest Movement (WRM). Marzo de 2006.
- Carrere, Ricardo; Lohmann, Larry. El papel del Sur. Plantaciones forestales en la estrategia papelera internacional. 1997.
http://www.ar.sgs.com/es_ar/print/fsc__qualifor?serviceid=8697
<http://www.wrm.org.uy/paises/Uruguay/libro.pdf>

Este material forma parte de la campaña “Alianza Regional contra los monocultivos forestales y de soja en la Cuenca del Río Uruguay”

Textos: Eduardo Sánchez

Investigación: Dolores Moreno, Virginia Passo, María Salazar y Eduardo Sánchez

Diseño: Natalia Salvático

Corrección de estilo: Laura Iñón

Con este documento queremos promover un acercamiento a la realidad socioambiental de la región, poniendo especial énfasis en el avance de las plantaciones a gran escala de monocultivos de árboles y de soja, y en las consecuencias e impactos negativos que dichos monocultivos generan sobre las personas y el ambiente. Asimismo, fomenta la difusión y continuidad de iniciativas positivas para la construcción y promoción de sociedades sustentables, basadas en los saberes y culturas de los pueblos originarios y comunidades locales, propiciando el encuentro y articulación de los diferentes grupos y colectivos de la región para accionar conjuntamente.

Amigos de la Tierra Argentina
www.amigos.org.ar
bosques@amigos.org.ar
septiembre de 2009

Este material fue realizado con el apoyo de la Fundación Siemenpuu

